

de eso preparará su corazón para todos los dolores y desgracias que le pueden sobrevenir.

« Cuando, despues de este ejercicio, en alguna ocasión advierta que en su corazón se ha levantado alguna pequeña emoción por una ligera ofensa, que venga entonces por sí mismo en censor severo é inexorable. Que recuerde las injurias con las cuales él se estudiaba y se exhortaba á la paciencia, y en el recuerdo de esas cosas, que se reproche así : ¿ Soy yo, cobarde y perezoso, soy yo el que en los ejercicios de mi soledad me prometia sufrir con tanto valor todos los males del mundo ? ¿ Donde está, pues, esa paciencia invencible que no ha podido sufrir que se la ofendiese en lo más mínimo ? ¿ Cómo, pues, mi alma que parecia tan dispuesta y resuelta á combatir con todo valor, ha rendido sus armas á la menor sombra del enemigo ? »

« Que junte también á esa secreta reprimenda el castigo del cuerpo, y que se vengue de la carne por el desarreglo del espíritu : que la dome con mayores ayunos, con mayores vigiliias, y con una continencia más exacta ; que castigue así la ligera volubilidad de su alma, y que consuma con estos ejercicios en el retiro del desierto lo que debiera totalmente purificar cuando todavía estaba en su monasterio. En fin, lo más importante es que esté bien persuadido que asi como la ley de Dios no solo prohíbe la venganza de las injurias si que también la memoria de ellas, así tampoco le es lícito encolerizarse por alguna ofensa ó algún daño que se le haya ocasionado. »

El abad Juan advierte, por fin, y muy á propósito, que, aunque dijo que para corregirse de un vivio, uno se debe representar como si estuviera en la ocasión, y que debe entonces ejercitarse en la virtud contraria, advierte, digo yo, que no se ha de seguir el mismo método respecto al vicio opuesto á la pureza ; puesto que correria en gran peligro al representar en su espíritu estas ocasiones, bajo el pre-

texto de combatir las, siendo el medio más seguro rechazar enseguida las primeras imágenes que se presenten y renunciar de todo corazón.

No sobríamos proponer un método más excelente para la corrección de nuestros defectos que el de ese santo solitario. Este método se reduce á cuatro puntos. El primero consiste en recurrir á Dios con la sinceridad de nuestro corazón, y en la firme confianza en su bondad infinita, quien viendo el deseo que tenemos de corregirnos, nos ayudará eficazmente con su gracia. El segundo, en reconocer nuestros defectos sin querer disfrazarlos y sin caer en el abatimiento. El tercero, en ejercitarnos en la práctica de la virtud contraria, representándonos en nuestras meditaciones las ocasiones en las cuales podríamos encontrarnos, y animándonos á resistir á nuestras pasiones y ejercitándonos en las virtudes que combaten esos vicios. El cuarto, en vigilar sobre nosotros en la práctica ; y, si tenemos la desgracia de caer siguiendo nuestras pasiones en algún encuentro, entrar en cuenta con nosotros, y reprocharnos nuestra debilidad é inconstancia, despues de las buenas resoluciones que habíamos formado, y castigarnos con alguna penitencia corporal, según consejo de un sabio director. Procediendo así, pronto progresaríamos en la corrección de nuestros defectos y en la adquisición de las virtudes contrarias.

DE ALGUNOS SOLITARIOS LLAMADOS JUAN¹.

Se pueden considerar todos los religiosos que viven bajo dependencia de un superior en un monasterio como discípulos.

¹ Vitæ Patrum, Rufino, Paladio, Casiano, Cotelier.

pulos que están confiados á su direccion, pero el nombre discípulos propiamente sólo se da á aquellos que son jóvenes y que son instruidos por un maestro, sea en los primeros años de su compromiso en el estado religioso, sea, como muchos ejemplos que se han visto en el curso de esta historia, que se vayan educando bajo la obediencia de un solitario particular, que les ejercita en las prácticas monásticas.

Sobre este principio distinguimos aquí un solitario llamado Juan y sobre llamado discípulo de Pablo, del santo anciano de que hemos hablado en el capítulo precedente, quien por haberse retirado al monasterio del abad Pablo, puede ser considerado, á causa de avanzada edad, más como inferior á él que como á discípulo suyo, al cual había formado en los deberes de la vida monástica.

Juan, pues, discípulo de Pablo está en gran manera alabado en la *Coleccion de las Vidas de los Padres de los desiertos* por su humildad y obediencia. Nunca encontraba difícil lo que le mandaba su superior. Cumplía pronto y sin réplica, y sin detenerse en sentimiento alguno interior de susurro. Un dia que necesitaban en el monasterio estiercol de buey, el abad Pablo le mandó que fuese á recogerlo cerca de un pueblo vecino, y que trajera al monasterio lo más pronto posible. Juan se dispuso para ir, pero sabiendo que una yena se retiraba en un sepulcro cerca del cual él debía pasar, mientras iba marchando preguntó al abad como lo arreglaría si este animal lo acometía. El abad le contestó en risa que se lo trajese. El religioso obedeciendo con ceguedad tomó por lo serio esta orden, no queriendo saber más. Así que se aproximó al sepulcro, la yena salió y se lanzó sobre él; pero éste lleno de confianza en la palabra de su abad, lejos de huir quiso cogerla, y ella se le escapó al momento. Juan corrió detrás de ella

diciéndole: Mi abad me ha mandado que yo te llevase al monasterio. A estas palabras por una maravilla de la providencia que en esta ocasión quiso demostrar cuanto le gustaba la simplicidad de la obediencia, el animal se detuvo y se dejó atar como un cordero, y así atado, Juan lo llevó al monasterio. El abad Pablo estaba en ansia por su tardanza, temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, mientras que le ve llegar con la yena que él traía. Pronto interiormente dió gracias á Jesucristo con sentimientos de admiración por la obediencia de su discípulo; pero exteriormente, por temor que se envaneciera, le dirigió palabras humillantes, le trató de insensato y estúpido por haberle traído un perro rabioso, y hasta le pegó; le mandó que desatase la yena y la dejase volver á su escondrijo.

Rufino habla de un solitario Juan que moraba en el desierto de Diolque. Le llama hombre santo, cargado de toda suerte de gracias, el cual entre otras poseía en tanto grado la de consolar á los afligidos, que necesitaba muy pocas palabras para llenar de contento y alagria un alma antes sumergida en la aflicción y en la tristeza. Había también recibido la de curar muchas enfermedades. Paladio, quien habla sobre eso, advierte que ese don maravilloso que Dios le había concedido en favor de los enfermos, se hacia extensivo de un modo particular á las personas atacadas por la parálisis y la gota. Dice tambien que gobernaba muchos monasterios; que habia recibido las gracias en grande abundancia; que la majestad de Abraham brillaba sobre su rostro como la unción santa de la barba de Aarón.

En un monasterio había también un solitario Juan sobre llamado el Cenobita, quien había progresado tanto en las virtudes religiosas, que su reputación había volado hasta el desierto de Scete. Se distinguia principalmente por su paciencia y silencio. Algunos solitarios de este desierto tu-

vieron la curiosidad de probar por sí mismos si todo el bien que se decía de él era verdadero. Él los recibió en su celda con respeto modesto y religioso, y después de este saludo volvió á emprender su trabajo, y no les dijo nada más. Estos religiosos que esperaban de él un coloquio de piedad, quedaron sorprendidos por su silencio. Por fin tomaron la palabra, y le dijeron: « Hermano mío ¿quien os dió el hábito monástico? ¿Y cómo es que aquel que os instruyó en la religión no os enseñó que cuando los hermanos os vinieren á visitar primero les debias invitar á orar, ó al menos á tomar asiento? » Pero el solitario que gozaba más en entretenerse con Dios en su trabajo que con los hombres, les contestó: « Perdonadme, Padres míos; Juan es un pobre pecador que sólo conoce su trabajo. » Ignoramos en que lugar estaba el monasterio de este austero y silencioso religioso; y hemos creído ser este el lugar más oportuno para decir lo poco que la historia monástica nos ha dejado de él.

El abad Nesteros hablando á Casiano y á Jermán de los que se habían santificado en el cuidado y dirección espiritual de sus hermanos, relataba el ejemplo de un santo Abad Juan, quien presidía un célebre monasterio cerca de la ciudad de *Thmuis*. Decía de él, como de algunos otros, que había hecho milagros dignos de los Apóstoles; y el mismo Casiano hace mención de él en sus *Instituciones* de un modo muy honroso. « El bienaventurado anciano Juan, dice, superior de un célebre monasterio, fué á ver al anciano Paëse, quien moraba en una vasta soledad, y le preguntó, hablándole como á un antiguo amigo, que había hecho durante los cuarenta años que habían estado separados el uno del otro, cuyo años habían pasado sin que se vieran molestados por ningún hermano: « En el transcurso de este tiempo, déjole Paëse, jamás el sol me ha visto comiendo. » A lo que Juan contestó: « A mí nunca me ha visto

enfadado. » Este historiador refiere este ejemplo contra la intemperancia en el hablar. Añade que este anciano estando á punto de morir demostró una alegría extraordinaria, como debiendo ir luego á su verdadera patria. Todos los hermanos fueron á visitarle en sus últimos momentos, según costumbre; y habiéndose puesto á su rededor, le rogaron que les diera algunos avisos de los cuales se acordasen siempre, que los pudieran considerar como la herencia que él los dejaba al morir. Entonces este buen anciano lanzó un profundo suspiro, y les dijo: « Jamás he hecho mi voluntad, y nunca he enseñado á nadie lo que yo antes no hubiese practicado. »

Entre los más santos solitarios del desierto de Diolque podemos poner, con el mismo autor, el solitario Archebe diferente del Obispo de Panephyssa que llevaba el mismo nombre, de quien hemos ya hablado: « Este Archebe, dice Casiano, era el más estimado entre los otros por su caridad y humildad. Nos condujo á su celda, y habiéndonos preguntado lo que deseábamos hacer en ese desierto, nos rogó que aceptásemos su celda para vivir en ella con todos sus humildes muebles, pretextando que él debía ir á vivir en otra parte. Recibimos con alegría sus ofrecimientos; y después que hubo permanecido en ella muy pocos días, durante los cuales él preparaba los materiales para edificarse otra, nos puso en completa posesión de la que él dejaba. Algún tiempo después vinieron otras personas á morar en esta soledad, y él les cedió igualmente la nueva celda que se había construido con mucha pena y trabajo. En fin, su caridad infatigable le llevó á practicar lo mismo hasta tres veces, cediendo su celda y edificándose otra.

« Este santo varón, continúa Casiano, era de muy buena familia. Desde sus más tiernos años renunció al mundo y al afecto de sus padres, para refugiarse en el monasterio. Arregló de tal modo su vida y vivió en tan grande

retiro que por espacio de cincuenta años que allí vivió, no solo no pisó la ciudad donde había nacido, sino que ni aún vió el rostro de mujer alguna, inclusa su propia madre.

« Sucedió que su padre sorprendido por la muerte dejó una deuda de cien piezas de plata. Entonces este santo varón movido de compasión, creyó poderse dispensar algún tanto esta severidad evangélica, que le hacía olvidar á sus padres cuando estaban en la prosperidad, y deber socorrer á su madre en esta grave necesidad, de tal modo que jamás se eximiera de su rigor acostumbrado.

« No salió del monasterio ; pero rogó que se le triplicase su trabajo ordinario. Así trabajando dia y noche por espacio de un año ganó lo suficiente para pagar esta deuda, y libró á su madre de la inquietud en que se encontraba ; y despues de haberla desconocido por amor á Jesucristo, quiso reconocerla por amor al mismo Salvador socorriéndola en su necesidad. »

Casiano, despues de haber relatado este hermoso ejemplo de caridad del solitario Arquebe, relata otro ejemplo de un buen anciano del mismo desierto, el que demuestra que esta virtud nos sabe hacer industriosos cuando tenemos buena voluntad de asistir á nuestros hermanos en la necesidad. Hacia poco tiempo que habia pasado de Italia á este desierto un religiosollamado Simeón, quien ignoraba la lengua griega, y sólo hablaba la latina. Este anciano, que sin duda la comprendia, viéndole sin ocupación le preguntó por que estaba durante el dia sin hacer nada, y como no se dedicaba á algún trabajo ; pues temía que la ociosidad junta con la necesidad de las cosas necesarias á la vida, las que no se podía proporcionar sin el trabajo, le indujesen luego á dejar su soledad. Siméon le contestó que nada sabía hacer de cuanto hacían los otros, y que su único oficio era el de copiar libros ; á lo que estaba dispuesto si encon-

traba alguien en el Egipto que necesitara escribir un libro en latin. El anciano luego manifestó que deseaba mucho encontrar alguien que le escribiese las *Epístolas* de San Pablo en esa lengua, para mandarlas como libro de devoción, á uno de sus hermanos que estaba sirviendo en la guerra ; y le proporcionó nó solo lo necesario para su manutención durante un año bajo pretexto de recompensarle el trabajo que él quería que hiciese, si que tambien el pergamino y todo lo necesario para escribir. Por este medio el solitario Simeón se puso en estado de ganar su sustento con el trabajo de sus manos, y este caritativo anciano obtuvo delante de Dios el mérito por haber asistido en la necesidad, sin hacerle ruborizar por su limosna ; porque se la hizo merecer con el trabajo y se la dió á título de deuda.

Hemos hablado en la vida de San Pemen de un solitario llamado Simón, que se hizo célebre por su santidad, y que por eso no fué menos humilde. Puede haber sido el mismo que Simeón de Italia, quien habría podido aprender despues la lengua griega, y ponerse en condiciones de dar muy buenos consejos á los otros solitarios, como se dice de este Simón. Pero eso es muy incierto.

EL ABAD MAQUETE Y EL ABAD ABRAHAM, POR OTRO NOMBRE EL NIÑO¹.

El abad Maquete fué del número de aquellos solitarios con los cuales Casiano se gloria de haber conversado. Dice que moraba bastante lejos de los otros hermanos, sin indi-

¹ Casiano, Cotelier, Paladio.